

ÍNDICE

1. ENCARNACIÓN LÓPEZ, LA ARGENTINITA, DEJA LAS TABLAS HUÉRFANAS, «COMO LA PAULOVA»	11
2. LA BAILARINA FRENTE AL ESPEJO EN UN VIAJE OCEÁNICO DE IDA Y VUELTA	27
3. JOSELITO, EL GALLO, Y EL VUELO DE LA MARIPOSA BLANCA	53
4. SOLTAR AMARRAS PARA ARMAR JALEOS, ZORONGOS, ROMANCES Y SEVILLANAS DEL SIGLO XVIII	91
5. EL JUEGO BRUJO DE LA SANGRE Y DOS LLAMADAS TELEFÓNICAS A ENCARNACIÓN	123
6. DE LOS TIEMPOS EN QUE NUEVA YORK FUE LA CAPITAL DE LA DANZA ESPAÑOLA	175
UNA ÚLTIMA FOTOGRAFÍA PARA LA HISTORIA	207
AGRADECIMIENTOS	213
RECURSOS BIBLIOGRÁFICOS	217



CAPÍTULO 1

ENCARNACIÓN LÓPEZ, LA ARGENTINITA, DEJA LAS TABLAS HUÉRFANAS, «COMO LA PAULOVA»

Más allá de una indigestión, un dolor abdominal puede ser algo grave o no serlo. Tal vez, Encarnación notara algún síntoma de lo que sería su enfermedad mortal tras almorzar en su apartamento de la Quinta Avenida cerca de donde también vivía su hermana Pilar un día de primavera de 1945. Y posiblemente atribuyera la punzada a haber comido deprisa o a los nervios previos a la representación de la tarde. Al parecer, un cáncer de estómago es una dolencia que, aunque mortal, puede no presentar síntomas y, por otra parte, dicen que por mucho que una lleve desde chica en el escenario, la fragilidad reaparece siempre antes de cualquier presentación, que de poco vale la experiencia cuando se trata de sacar arte del tira y afloja del baile. Y ciertamente, La Argentinita tenía una larga carrera a sus espaldas cuando, aquel día, hizo repaso de los mil detalles de la enésima revisión de *El amor brujo* y sintió un dolor agudo sin darle importancia. Aquella fue su última gran representación.

Dicen las crónicas que fue un 24 de abril de 1945; el teatro donde sucedió, el antiguo Metropolitan neoyorkino; y la pieza, una coreografía recién estrenada sobre la partitura de Manuel de Falla que ya había presentado al público a lo largo de

su carrera en muchas ocasiones. La prensa de entonces dice que la bailaora no quiso tratarse para no dejar las tablas huérfanas, «como la Paulova», una forma de aderezar la desgracia y mitificar su figura equiparándola a la de la bailarina rusa, tanto por su valía artística como por su entrega a la danza.

Es difícil dilucidar la verdad de la mentira cuando una se pone a redactar una biografía que topa con una vida artística partida por la Guerra Civil, y que además entronca con la incipiente crónica social de una época, a la que nuestra protagonista pertenece por derecho. Y es que La Argentinita había sido centro de la prensa de chascarrillos, varietés y guasa desde niña, cuando saltó a la fama en el Teatro-Circo de San Sebastián logrando contratos millonarios. Allí donde actuaba, los cronistas de la época hallaban siempre motivos para reseñar. Pero estamos en 1945, y la mujer que ha dado su último recital coreográfico tiene cuarenta y ocho años; es una primera figura de la danza mundial a la que la crítica internacional adora, pero que la nuestra, después de la contienda, prácticamente ha dejado de seguir. El *Time Magazine* la llamaba «bailarina española número uno», y describía «cómo el público de Manhattan atestaba el teatro, vociferando y aullando boquiabiertos ante el ritmo de las castañuelas»¹. Sol Hurok, el representante de Encarnación López, así como también del mítico Diaghilev, de Isadora Dunkan y Anna Paulova en Estados Unidos, solo tiene elogios para ella: «Era una artista. En todas partes donde se encontraba, se congregaban compositores y gente de teatro; cualquier cena, tarde o temprano, se convertía en una fiesta española cuando La Argentinita

¹ HUROK, Sol: *Empresario*, 1947, p. 320.

dirigía el baile»². Lo cierto era que, con sus éxitos, la bailarina ennoblecía y creaba admiración por «lo español», lo que sin duda ayudaba a establecer, sino lazos políticos, sí simpatía por nuestra cultura desgraciadamente desmembrada a causa del exilio de tantos artistas de la danza. Para el régimen franquista «el baile folclórico era entendido como enseñanza y formación moral de la juventud a cargo de la Sección Femenina»³, concluyen Beatriz Martínez del Fresno y Nuria Menéndez Sánchez al estudiar la influencia de los ballets rusos de Diaghilev en España. Y tal vez por ello a menudo la prensa, al referirse a Encarnación López, haga especial hincapié en todo lo que suma a una vida de copla, donde no faltan toreros, drama y riqueza, según el gusto de la época en la que se exportaba un flamenco «edulcorado» para romper el aislamiento político, por mucho que Encarnación López jugara en otra liga dancística.

Como veremos, no solo la prensa de la época abonaba la frivolidad al referirse a la bailarina. Cincuenta años después de la muerte de La Argentinita, en 1995, el periódico *El Mundo* da cuenta de su hora final con cierta frivolidad y detalles gratuitos: «Y la muerte le llegó tras bailar por última vez, sevillanas y en bañador, ante Indalecio Prieto, en la casa del oftalmólogo Castroviejo en Nueva York. Quería Encarnación que *Don Inda* le devolviera sus joyas robadas del banco en 1936». El artículo continúa: «Su cadáver llegó a España en diciembre y el entierro fue casi tan espectacular como los de Ignacio Sánchez Mejías y Joselito, enterrados en el mismo panteón sevillano. La Argentinita, definitiva-

² *Ibidem*, p. 322.

³ MARTÍNEZ DEL FRESNO, Beatriz y MENÉNDEZ SÁNCHEZ, Nuria: «Una visión de conjunto sobre la escena coreográfica madrileña (1915-1925)» en *Los Ballets Russes de Diaghilev y España*, 2012, p. 213.

mente sola, se quedó en Madrid»⁴. Es cierto que Encarnación López murió sola, tanto como el resto de los mortales en nuestra hora final. Pues sí, a pesar de que el artículo sea de 1998, es fácil detectar el tufo a No-Do y Sección Femenina, porque a La Argentinita se le atribuyen amores con los dos toreros, ambos enterrados en Sevilla, ambos muertos en sendas corridas, con los que Encarnación nunca llegó a casarse. Como veremos, con Ignacio Sánchez Mejías establecerá una relación personal y artística bien sólida y lo de Joselito será otro cantar. La mención a su soledad, ya lo advierte el artículo, no se refiere al entierro, ya que el féretro de Encarnación López fue despedido por una multitud en la ciudad de Madrid y, contrariamente a lo que deja caer el periodista, la vida de La Argentinita pivotó, sobre todo, en torno a la creación de una estética propia y a la gestión de su propia compañía de baile. Ahora bien, nuestra prensa, veinte años más tarde, no parece haberse quitado de encima el alcanfor, y en el 70 aniversario de su muerte, el periódico *La Vanguardia* celebra la efeméride con el siguiente titular,

«Amiga de Lorca, amante del torero Sánchez Mejías»⁵.

Estamos en 2015 y tiempo ha habido de hacer los deberes y darle a Encarnación López la relevancia artística que merece, en vez de sumar a favor de una lectura de la bailarina en clave de comparsa. Son muchos los críticos de danza e investigadores de la cultura que se lamentan de un silencio inexplicable; de la frustración que significa no hallar más

⁴ JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico: «Encarnación López Júlvez, La Argentinita», *El Mundo*, 26 de julio de 1998.

⁵ AMIGUET, Teresa: «Amiga de Lorca, amante del torero Sánchez Mejías», *El País*, 26 de septiembre de 2015.

que pinceladas aquí y allá para obtener el relato completo tanto para la historia de la danza como para la de la música o la de una generación del 27 que la incluya. «La idea de que no haya un solo libro, una sola publicación que exceda de las cinco páginas sobre su persona, parece realmente inconcebible»⁶, se lamenta la historiadora Celia Díaz Huertas. Aunque sí existan investigaciones más exhaustivas, son muchos los investigadores que, al meterse en harina doctoral, no solo han echado en falta documentación sino la representatividad oficial de su legado en un renglón de nuestra cultura. La relevancia de «La Argentinita» en la Edad de Plata está fuera de toda duda, y un descuido prolongado puede acabar por sepultar su aportación a la danza y la música bajo el peso de sus ensalzados colegas artísticos.

Como hemos visto en el titular son, sobre todo, dos nombres los que se quedan buena parte del plano que le corresponde; el primero es Federico García Lorca con quien grabó las *Canciones populares españolas* y el segundo, Ignacio Sánchez Mejías, cómplice artístico en su andadura personal y profesional hasta 1934. Pocos son los cronistas que tras poner a Encarnación como amiga íntima del poeta o amante del dramaturgo y torero rellenen la línea de puntos hasta completar su retrato.

«La deuda está ahí», se duele Roger Salas, autor y crítico especializado en danza en *Cuadernos de Música Iberoamericana*, «poco se ha dicho en memoria de La Argentinita en la España de hoy: los organismos rectores de las artes escénicas —y de la danza dentro de ellas—, muestran un olímpico desprecio por lo que consideran

⁶ DÍEZ HUERTAS, Celia: «Encarnación López Júlvez, La Argentinita: entre el folklore y la vanguardia», *Cairón*, 7, 2001, p. 77.

equivocadamente como vernáculo»⁷. Aunque, como veremos, su hermana Pilar López ha sido la transmisora del legado de Encarnación y ha hecho una labor pedagógica de primer orden, vale la pena llenar la ausencia de La Argentinita en la biblioteca y el imaginario de nuestras futuras y futuros artistas.

La razón del relato que comienza ha quedado sobradamente explicada, así es que la pregunta cae por su propio peso. ¿Cuál puede ser la causa de su ausencia? Seguramente haya más de una. Se me ocurren algunas ideas que lanzo al aire en busca de claridad lectora (o escritora en este caso), como quien piensa en voz alta: haber desarrollado gran parte de su trabajo en el extranjero, que la expresión de su arte sea efímera, que resida en el cuerpo, que sea «la otra» en la relación de un torero famoso, pertenecer a la generación del 27 sin ser letrada. Sea como sea, ninguna de dichas razones tiene que ver con su valía sino con la construcción de un discurso cultural sobre la desidia y los prejuicios. Así pues, vamos a coser una semblanza lo más humana posible con todos esos retales de investigación académica, hemeroteca, legados de fundaciones y museos, personas que nos remitan a ella, *blogs* y material audiovisual y sonoro, hasta dar con un perfil lo más completo posible sin obviar por ello la apasionante mixtura de copla, prensa rosa y drama, que también tiene su vida y, además, de verdad. Así es que, preguntas al vuelo aparte, volvamos al relato de esa biografía que, como si fuera un *biopic* televisivo, ha arrancado con la noticia de su muerte para volver sobre sus inicios con una pizca de intriga añadida.

⁷ SALAS, Roger: «Encarnación López, La Argentinita (del éxito al silencio de la historia)», *Cuadernos de Música Iberoamericana*, vol. I, 1996. p. 87.

El 26 de septiembre de 1945 *La Vanguardia*, en una nota de agencia, entre anuncios de la cartelera (¡Se despi- de *Una tarde en el circo*, la mejor película de los Hermanos Marx! ¡Lo mejor de Jorge Negrete y María Félix, *El Peñon de las Ánimas!*) y el campeonato de boxeo de peso mediano ligero del día siguiente en el Gran Price (con García Álvarez como campeón y José Ferrer en calidad de aspirante), da cuenta del desenlace fatal: «En las primeras horas de la mañana de ayer, lunes, La Argentinita sufrió un síncope, cuyos efectos duraron diecisiete horas. Diez de sus más fieles admiradores se ofrecieron a dar transfusiones de sangre, de las que le fueron practicadas siete hasta última hora del lunes. No obstante, la enferma ha fallecido a las 6:45 horas de hoy, martes, a consecuencia de una peritonitis postoperatoria, en el Medical Center neoyorquino»⁸. Su hermana, años más tarde, muestra en el monográfico de Ángel Álvarez Caballero de 1997, titulado *Una vida para el baile*, alguna suspicacia: «Anteriormente a operarla el cirujano no le dio ninguna importancia. Pero después de la operación este hombre subía verdaderamente un poco consternado detrás de la camilla, y demudado [...] se veía que había sido una operación muy dura [...] Esa es una cosa que yo no he podido comprender, porque no se correspondía con lo que había venido diciendo hasta el día anterior. Me hace pensar que a lo mejor tuvo una sorpresa este hombre, que encontró algo con lo que no contaba»⁹.

El diario *ABC* fecha la noticia de la vuelta del cadáver de Encarnación el 21 de diciembre y, en su edición de la maña-

⁸ «Ha muerto La Argentinita», *La Vanguardia*, 26 de septiembre de 1945.

⁹ ÁLVAREZ CABALLERO, Ángel: *Una vida para el baile*, 1997. p. 40.

na publica: «han llegado a La Coruña a bordo del transatlántico “Marqués de Comillas” los restos de La Argentinita. Del puerto gallego serán trasladados a Bilbao para ser desembarcados, allí esperan la llegada su hermana doña Ángeles López, viuda de Matute, y su hija Angelines. El féretro viene en una cámara especial, materialmente cubierto de flores»¹⁰. Vemos cómo entre la muerte y la repatriación de los restos transcurren tres meses seguramente de papeleo y acuerdos oficiales para ver en calidad de qué es esa vuelta de La Argentinita a un país, más bien roto, donde se ha represaliado a artistas con muchas menos credenciales republicanas que las de Encarnación —veremos cómo ella ha coreografiado en el grupo teatral La Barraca, bailado en La Residencia de Estudiantes y es una de las figuras más representativas de la danza en la II República, ahí es nada cuando estamos en 1945 y se mira con lupa cualquier regreso. Sigue un pequeño apunte familiar, en el mismo artículo: «ha sido la única que ha presentado en el Metropolitan de Nueva York un “ballet” netamente español durante cinco temporadas consecutivas. Ha bailado con todas las Orquestas Sinfónicas de Estados Unidos, dirigidas por los maestros Iturbe, Toscanini, Goosens, Costelanes, Moteux y Morel. Lo que más sensación causó fue su participación en el denominado *Spanish Festival* con decorados de Salvador Dalí y orquesta, dirigida por el maestro Iturbe». La nota se refiere al estreno de mediados de mayo del 1943 de un festival con piezas de *Carmen*, el *Bolero* de Ravel y *El Café de Chinitas*, un número clásico del repertorio de Encarnación López que graba en 1931 con Federico García Lorca al piano, en una versión

¹⁰ «Mañana llegan a Madrid los restos de La Argentinita», *ABC*, 21 de diciembre de 1945.

ampliada sobre la canción original. Esa escueta declaración a la prensa responde, sin duda, a una familia, consciente de que la semblanza periodística de Encarnación podía tanto frivolizarse como politizarse y, con buen criterio, uno puede imaginar a sus seres queridos trazando un perfil lo más artístico y español posible, tras pensarlo muy mucho. El asunto debía ser delicado; no en vano la bailarina, después de dejar España, según la especialista Idoia Murga, había cultivado la ambigüedad política en sus giras, de tal manera que las hermanas López dejan de hacer alusión, poco a poco, a figurinistas y escenógrafos exiliados como Bartolozzi, Ontañón y Fontanals para diluir en los programas de mano ciertas huellas políticas¹¹. En declaraciones a la prensa que Encarnación López ha ofrecido en sus giras, argumenta la investigadora, se detecta cómo la bailarina hace hincapié en su nacionalidad argentina distanciándose de su fuerte identificación con lo español. Cuando La Argentinita participa en homenajes a Federico García Lorca, lo hace en aras del recuerdo de una amistad. «No sé nada de política. La misión del artista es cantar y bailar»¹², afirmó en una entrevista en 1939; y al año siguiente dice a un periodista mexicano «Federico era como mi hermano»¹³, y se niega a hacer más comentarios al respecto. Posiblemente, esa ausencia de significación política facilitó la repatriación y el futuro artístico de la propia Pilar en aquel momento. Y acaso por eso, el mismo artículo de *ABC* se haga eco de unas declaraciones de la familia que no parecen inocentes del todo: «la artista tenía firmada una gira por México y un contrato en Buenos

¹¹ MURGA CASTRO, Idoia: *Encarnación López La Argentinita, la bailarina del exilio (1936-1945)*, Revista Hispánica de Flandes y Holanda, 48, 2014, p. 183.

¹² *Ibidem*, p. 187.

¹³ *Ibidem*, p. 188.

Aires, pero en marzo iba a volver a España donde quería dar a conocer las últimas creaciones de su arte, en nuestra Patria». La noticia sigue: «Recuerda su hermana que, en el año 39, muy poco antes de embarcar en Burdeos para su último viaje a América, vino a España, casi sin tiempo, pero realizó una escapada de tres días, como si tuviera el presentimiento de que no volvería más»¹⁴. Entre líneas se puede leer, por si a alguien le quedara alguna duda, que lo de su hermana Encarnación había sido una larga gira mundial y no un exilio político, por mucho que su papel fuera central para la integración de la danza en la cultura republicana y ella fuera el eje de ese legado en el exilio, tal y como razona Idoia Murga en torno al valor artístico de La Argentinita en la llamada Edad de Plata¹⁵. Sí, la familia con magistral diplomacia atribuye la larga ausencia de Encarnación a compromisos artísticos ineludibles en el extranjero, lo cual, por otra parte, era rigurosamente cierto, una gira podía durar mucho tiempo y a menudo los artistas se acomodaban en los países que los acogían, sin que por ello tuvieran que existir razones políticas.

«La vuelta fue tristísima»¹⁶, confiesa Pilar en una entrevista que concede al periodista Miguel Mora para rememorar el momento, en el año 2006. Y seguro que sí, seguro que, además de llevar el luto a cuestras, la bailarina tuvo que afinar su ingenio para enterrar a su hermana en el cementerio de San Isidro sin ceder honores. Al vuelo, el artículo del 21 de diciembre de 1945 en *ABC* deja caer: «recientemente le fue concedido el lazo de Isabel la Católica, por ser una de las

¹⁴ «Mañana llegan a Madrid los restos de La Argentinita», *ABC*, 21 de diciembre, 1945.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ MORA, Miguel: «La memoria del Baile», *El País*, 1 de octubre de 2006.

embajadoras espirituales de España a través del mundo»¹⁷, un clavo más para apuntalar esa vuelta; si bien lo de «embajadora de la cultura española» está fuera de toda duda, lo de la espiritualidad tiene toda la pinta de ser o imperativo del momento o invento del propio periódico, quién sabe.

Dos días más tarde, el seguimiento del convoy; «a las diez de la mañana, llegó a Bilbao, procedente de Santurce, el furgón que conduce los restos de Encarnación López, el cual fue agregado al tren correo de Madrid, que ha salido a las diez y cuarto para ser trasladado. En la estación los restos mortales de La Argentinita fueron recibidos por un representante del gobernador civil»¹⁸. Encarnación López Júlvez recibe sepultura un lunes, víspera de navidad, y *La Hoja del Lunes* muestra una fotografía del féretro en un desfile de lo que parece un acto oficial: «ayer llegó a la estación del Norte de Madrid el tren correo de Bilbao. Llegó con dos horas y media de retraso y, aun así, había en los andenes un público numerosísimo. El ataúd de caoba con aplicaciones de bronce, encerrado en una caja de haya, venía decorado con paños negros y flores. Además de la familia, en representación del alcalde asistieron el Marqués de la Valdavia y Edgar Neville». El artículo ofrece detalles, «el ataúd con la mirilla levantada fue colocado sobre una pequeña plataforma en el vestíbulo del Teatro Español, que se vio transformado en una capilla ardiente». Es fácil imaginar la atmósfera de desolación, «desde las doce hasta la hora del entierro, un imponente gentío desfiló ante el féretro»¹⁹. Por otra parte, todos los cronistas que van dando cuenta del

¹⁷ «Mañana llegan a Madrid los restos de La Argentinita», *ABC*, 21 de diciembre de 1945.

¹⁸ *La Vanguardia*, 23 de diciembre de 1945.

¹⁹ «Reciben sepultura en Madrid los restos de La Argentinita», *Hoja del Lunes*, 24 de diciembre de 1945.

traslado y entierro de Encarnación López hacen mención a la condecoración póstuma de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, con categoría de encomienda y placa. Sí, era víspera de navidad y aquella *Hoja del Lunes* de 1945 repica el honor que concede el ministro a la bailarina y hace un recuento de asistencias «Don José Ortega y Gasset, el duque de Maura, el conde de la Mortera», entre anuncios de anís (de marca Castellana, con tapón irrellenable), una Gala de Nochevieja en el hotel Ritz (que amenizará la Orquesta Marshall) y las excelencias de un coñac llamado Siglo XIX, dice: «el Ministro Señor Ibáñez Martín estuvo arrodillado ante el féretro, en un acto de solemne sencillez y después de rezar una oración, se retiró». Al día siguiente, 25 de diciembre, *La Vanguardia* ofrece detalles menos oficiales «todos los artistas de las compañías actuantes en los coliseos de la capital desfilaron ante el cadáver y depositaron ramos de flores. [...] Seguían a la comitiva numerosos artistas, autores de teatro, críticos, etcétera. Gran cantidad de público se extendió también a lo largo del itinerario desde el Teatro Español, por la plaza del Ángel, hasta la calle de Carretas, junto a la plaza de Benavente. La comitiva se detuvo ante el solar donde se levantaba el teatro Romea, donde fuera resonante el triunfo de la popular artista en Madrid»²⁰. Un día más tarde, el periódico catalán acaba su nota con un recordatorio: «Barcelona la aclamó repetidas veces, y ha recibido con sincero y hondo dolor la noticia de la muerte de la sin par artista»²¹. El mismo día que *ABC* publica una foto, que firma Zegri, donde se ve al séquito en torno a un féretro en la calle

²⁰ «En Madrid, han recibido sepultura los restos de La Argentinita», *La Vanguardia*, 25 de diciembre de 1945.

²¹ *La Vanguardia*, 26 de diciembre de 1945.

con el siguiente pie: «Con el Teatro Español al fondo, y la presidencia familiar del duelo, se ve a Pastora Imperio del brazo de don Tomás Ríos, cuñado de La Argentinita»²².

Su representante norteamericano, Sol Hurok, se dice devastado por «una irreparable pérdida para sus millares de amigos, sus millones de admiradores y para mí también». El hombre, que había trabado una gran amistad con Encarnación a lo largo de los años, cuenta cómo «había demostrado a España el propio arte de la danza española, se había granjeado el amor y la gratitud de su pueblo. Había profundizado recorriendo de punta a punta la Península, las montañas e incluso las cuevas de Granada donde los gitanos zapatean sus bulerías»²³. Pero no fue eso lo que le llevó a perseguirla, sino que, tras ver «cómo el público de Londres se postró a sus pies»²⁴, buscó la manera de convencerla para mostrar al pueblo norteamericano su valía. Como así fue,

los críticos se apasionaron en seguida por la diminuta figura de cabello negro, de rígidas espaldas y orgullosa cabeza, tejiendo los complicados arabescos de las altamente complejas danzas españolas, bailando y cantando para sí misma, como si el público no estuviera ante ella [...] Aunque uno, en un teatro lleno, se siente codo a codo con su vecino, con ella se forja la ilusión de que se encuentra en una vieja plaza de una ciudad española en un día de fiesta²⁵.

²² «Notas gráficas de actualidad», *ABC*, 26 de diciembre de 1945.

²³ HUROK, Sol: *Empresario*, 1947, p. 319.

²⁴ *Íbidem*, p. 319.

²⁵ *Íbidem*, p. 320.

Y sí, al mirar una vida colmada de grandes proyectos escénicos, éxitos de crítica y público en todo el mundo, amores truncados por la tragedia, colaboraciones con Lorca, Massine, Fontanals, Alberti, Dalí, Margarita Xirgu, la propia Pilar López, primeras figuras del flamenco como La Malena, La Macarrona, Manolo de Huelva, Rafael Ortega, Antonio Triana y tantas otras, cabe preguntarse en qué pensaba esa niña que un día fuera Encarnación, cuando de chica acompañaba a su padre a los cafés cantantes y repetía en el salón de su casa los pasos de baile que había visto, cuando aún nadie la conocía como La Argentinita.

El ejercicio de estudiarse frente al espejo y echar la imaginación y el cuerpo a volar es territorio tanto de la naturaleza humana como de la creación literaria.



Collage de prensa realizado por Athalia Vilaplana.



LA BAILARINA FRENTE AL ESPEJO EN UN VIAJE
OCEÁNICO DE IDA Y VUELTA

Coordenadas espacio-tiempo: Buenos Aires; final del siglo XIX.

Sirva un día cualquiera del año 1885 para echarle un vistazo al momento en que Europa está de lleno en la Segunda Revolución Industrial y España, más rezagada, inscribe su enésima emigración del campo a la ciudad, las primeras revueltas obreras y el dominio de ultramar a punto de expirar en un epígrafe de la historia. Si ese día cualquiera fuera un 25 de noviembre, en España, la reina María Cristina estaría asumiendo el trono como regente. Eran los años «bobos» —tal y como los llamó Pérez Galdós— y al tiempo tranquilos que precedieron al desastre del 98. En la capital madrileña, «completaban el cuadro, cantantes de ópera, oradores, poetas fáciles, prosistas amenos y dramones de Echegaray»²⁶, son las palabras que usa la historiadora Antonina Rodrigo para enmarcar la época de Margarita Xirgu y Encarnación López. Pero estamos en la otra punta del mundo, Buenos Aires, donde a día de hoy, la tasa de mortalidad es de 30 por cada mil habitantes. La cifra da cuenta de cómo la desgracia que está a punto de vivir la familia López-Júlvez está bien

²⁶ RODRIGO, Antonina: *Margarita Xirgu, actriz predilecta de García Lorca*, 1980, p. 28.

documentada y se inscribe en las estadísticas que se elaborarán con posterioridad.

Del nacimiento de Encarnación se barajan varias fechas, pero la reconstrucción de las noticias y fotografías parece indicar que 1897 es el año en que vino al mundo. El baile de números puede que se deba a la necesidad de falsear la edad de su debut, ya que era una niña de ocho años en 1905; o puede que la causa sea su origen modesto y un «claro interés por fantasear con las memorias»²⁷, algo que sucede a las protagonistas de ese nuevo género llamado varietés que eclosionará justo cuando Encarnación va a salir a la palestra pública; así lo dice Victoria Cavía Naya en *Cuadernos de Música Iberoamericana*. Sea como sea, en 1897 arranca la vida de La Argentinita y el relato de nuestra biografía.

Muchos cronistas dicen que sus padres, Félix y Dominica, componían una pareja de actores de repertorio en gira que se quedaron en Buenos Aires, pero al decir de su hermana Pilar, el padre negociaba con telas y era aficionado al flamenco. «No sabía mover un pie, por supuesto; tocaba un poquito la guitarra en casa, rasguitarla... Le gustaba el canto, mucho»²⁸. Dominica, la madre, es aragonesa y él segoviano pero, desde que la hermana menor recuerda, frecuenta los ambientes de farándula donde se baila, se canta y se gana para comer.

Quedémonos con el día más plausible del nacimiento de Encarnación, el 25 de marzo.

²⁷ CAVÍA NAYA, Victoria: «Mujeres, teatro, música y variedades: de las boleras y flamencas a las bailarinas de danza española (1885-1927)». *Cuadernos de Música Iberoamericana*, 2013, vol. 25-26, p. 59.

²⁸ ESPÍN, Miguel y MOLINA, Romualdo: «Bailar siempre bailar». Catálogo de la exposición «La Argentinita y Pilar López», 1988. Sin paginar.

La siguiente prueba que tenemos de su existencia, es una fotografía de 1900 que vio la luz en la exposición titulada «Querida Comadre», que se mostró en el Centro García Lorca en 2016. En ese retrato, con tres años, la niña mira implorante a alguien que se hallaba fuera de campo, lleva la raya peinada al medio, luce un vestido de manga larga, abullonada en los hombros donde dos cortos volantes resiguen la costura que parte de la sisa. El tejido parece terciopelo. Sobre un escabel, apoya la mano derecha en una mesa que aguanta su equilibrio. Tras la cámara, es fácil adivinar la figura de un fotógrafo bajo un guardapolvo negro a la espera del momento de prender el viejo flash y que el aparato inmortalice a la nenita de pelo rizado, que pronto saldrá en portadas de revistas y carteles, aunque el día que se impresionó su retrato en tonos sepia, nadie, de los que se hallan fuera del cuadro, lo pudiera sospechar²⁹.

Puede que, durante esos primeros años en Buenos Aires, Encarnación acompañara a su padre a la avenida de Mayo, que visitara el café París y viera cantar a Carlos Gardel. No sabemos si el joven Félix la llevó al café Los Cómicos donde se reunían actores, cantaores, tanguistas y bailaoras después de las funciones, junto a su hermana Angelines, pero de lo que no hay duda es de que, de alguna forma, los recitados y el meneo calaron sobre todo en la más pequeña de las dos nenas.

En algún punto de la historia, la familia sopesa si volver o no a España. Y entre el irse y el quedarse, han nacido dos bebés, dos varones de salud débil que un día amanecerán con fiebre alta, rojeces en las axilas y dolor de vientre. Las

²⁹ Fotografía de 1900 de Encarnación López Júlvez, Colección José Manuel Presa publicada en *Querida Comadre: Lorca y Argentinita en la danza española*, 2016.

semanas se aceleran y los síntomas de los niños no remiten. Y así es como, primero uno de los hermanos de Encarnación y Angelines, y luego otro, pasan a formar parte de los treinta habitantes de cada mil que, como hemos visto, consignarán las estadísticas años después.

Los dos críos han enfermado de escarlatina, la epidemia que diezmo la población infantil al otro lado del Atlántico cuando aún faltaban más de treinta años para que el doctor Fleming descubriera la penicilina que los hubiera salvado. Los López-Júlvez deciden dar media vuelta.

Acaso ya las melodías y falsetas aprendidas en los cafés porteños viajaban con la nena, entreteniéndole el pensamiento durante la larguísima travesía en que Dominica y Félix anclan la vista en ese punto infinito del horizonte que el transatlántico deja atrás. Es posible hasta imaginar a la pareja de padres tragando saliva para darse coraje mientras Angelines y Encarnación descubren que los delfines juegan con la espuma del océano, junto a las hélices del barco.

En la cubierta del transatlántico suenan las notas de un violín y la voz de una mujer entona una canción.

«En la larga travesía, ¡qué horror, el de los cielos negros y de las olas bravas, tan bonitas con sus crestas de espumas! Las noches claras a popa, un italiano de ancho chambergo, en solemne silencio de todo, tañía el violín melancólicamente y, a su ritmo, una hermosa mujer cantaba»³⁰, así se lo explicaba La Argentinita once años más tarde a un periodista de *La Voz de Castilla*, cuando le concedió una entrevista entre veras y una buena dosis de fantasía, recordando los hechos. En cualquier caso, es fácil dotar a esa vuelta a Espa-

³⁰ GALÁN, M.: «La gentil Argentinita», *La voz de Castilla*, 1913. Fecha exacta sin identificar.

ña, allá por el 1903, de algo de cambio de escena, de decorado, de vestuario. Y en ese lapso de tiempo incierto entre el nacimiento de Encarnación y la vuelta de la familia, el país vive la restauración borbónica, tras perder una a una todas las colonias de ultramar, junto a una profunda reflexión política y estética, en la que una generación de literatos, la del 98, se duele de la desazón histórica y se enzarza en una polémica generacional contra los viejos autores modernistas y la retórica de sus mayores.

Es entonces cuando la familia López-Júlvez se instala en Madrid y, al cabo de un año, en algún lugar ignoto de la capital, imaginamos a Angelines y Encarnación, con nueve y siete años, ayudando a Dominica a levantarse y, muchas veces, hasta a asearse, porque a la madre se le ha quedado pegado al cuerpo el aliento de sus dos niños y tiene un vacío desde la tripa hasta las uñas de los pies que no siempre le sostienen. A su alrededor, la vida pasa sin ella. En los colmados de salazones la animan, «alegre usted esa cara, mujer, que tiene dos soles», a lo que las más veces, las niñas recogen el paquete de bacalao envuelto en periódico para, nada más llegar a casa, quitar el papel, dejar el pescado en remojo y buscar excitadas menciones exóticas en la cartelera de un Madrid que fuera de las cuatro paredes familiares bulle espectáculo: La Gardenia, La Bella Belén, Pura Martini, La Niña de los Tangos, La bella Otero, Las Esmeraldas, La Malagueñita Madrileña. Entre la noticia de una huelga en el norte de Francia de la industria textil —«témese que ocurran graves desordenes, 26.000 obreros han abandonado el trabajo»— y la de los dos acorazados Sena-Bowel y Charles Magne que parten de Francia para presentar sus saludos al recién coronado Alfonso XIII con «numerosas banderas españolas», *La correspondencia de España* en su edición de

aquel día se explaya sobre el género que más gusta: «Anoche se estrenó en el teatro Romea con gran aplauso el capricho cómico-líricoailable titulado *Lluvia de estrellas*. Versos bonitos, mujeres preciosas y una música agradable son los elementos con que cuenta la obra; así que el éxito no podía ser dudoso. De estrellas hicieron Consuelo Vello, la Fornarina, que está cada día más guapa, la Pepita Sevilla, la Sagra-río Álvarez, la Meléndez y la Ovelinda, siendo todas ellas muy aplaudidas, pero principalmente la Fornarina, que tuvo que repetir unos cuplés»³¹. De ese ejemplar del mes de noviembre se desprende que, en la cartelera, donde hasta hacía muy poco había campado a sus anchas la zarzuela, el sainete y el género chico, se abre paso una oferta teatral que, llegada del extranjero, acabará por resultar la horma justa del zapato de Encarna, que está loca por arrancarse a bailar y lo que le echen.

Las chicas aplauden y se miran excitadas.

Analistas posteriores detectan cómo se percibe en el ambiente ganas de innovar y de proyectarse hacia nuevas corrientes externas, lo que se traduce en una gran efervescencia de la «artes vivas». El cambio de siglo ha dado paso a un cruce festivo de tendencias escénicas. Además de los bailes y cantes nacionales, el público aplaude otros «importados que llenan los espacios para el entretenimiento. Entre ellos, las creaciones jazzísticas de origen estadounidense y sus múltiples fórmulas como el *fox-trot* llegado a través de Francia; el tango que viaja desde Argentina a España vía París; o las rumbas venidas desde Cuba». El número de la revista *Intermedios* dedicado a las artes escénicas en el primer

³¹ Miscelánea tomada de varios ejemplares de *La correspondencia de España*, junio de 1904.

tercio del siglo xx arranca así su monográfico, en palabras de Miguel Ángel Regio³².

El cante, el baile, la animación y el circo con todas sus derivaciones, incluidas las llamadas psicalípticas, que celebran el fin del corsé en un maridaje feliz de creatividad escénica, van a entremezclarse a partir de entonces. De ahí el nacimiento de nuevos locales, salones, teatrillos y salas de cinematógrafo donde un pequeño escenario permitía a los artistas, entre proyección y proyección, actuar.

El día que va a cambiar la vida de Encarnación López Júlvez, la niña tiene siete años y lo que se cuenta seguramente sucediera al borde del amanecer. Tumbada en su camita observa un tenue rayo de luz atravesando una lágrima de cristal que cuelga de la palmatoria de una vela. El primer sol del día, al atravesar ese prisma casual, descompone la claridad en colores; alegres tonos luminosos formando un arco iris que se refleja en la pared junto a la cama que comparte con Angelines. Aún no ha amanecido, Encarnación prende la vela con un fósforo. Los colores le recuerdan los volantes y los mantones del café de la calle 25 de mayo que ocasionalmente ha visitado con su padre en Buenos Aires y también a los de las bailaoras de Madrid. Tanto en un sitio como en otro había niñas chicas, resaladas y con nervio pataleando en medio de la admiración de los mayores. ¿Cómo se llamaba una, no mucho más grande que ella, que arrancó tantos aplausos con aquel garrotín que ella se conoce al dedillo? Hasta su padre la jaleó. El nombre no le viene.

Despacito para no despertar a su hermana llega hasta la cocina y, entre veras y no veras, se planta frente al espejo

³² REGIO, Miguel Ángel: «Presentación» en *Revista Intermedios. La cultura escénica en el primer tercio del siglo XX español*, 2016, p. 5.

que hay en la habitación donde transcurre la vida familiar. Allí, junto al fregadero gris, deja el cirio. Levanta un brazo, mira al lado contrario y busca un punto al que enviar todo aquel coraje de vivir que ha visto cegando los ojos de su madre al cruzar el océano. El sol se levanta sobre Madrid al tiempo que Encarnación reinterpreta con el cuerpo los colores irisados que la han llevado hasta allí. Hace con ellos un remolino, convierte en aspas sus brazos y echa a girar. De sí los pasos son así o así no está muy segura porque aún no sabe contar con los pies, pero se ha calado el sombrero cordobés de su padre y lo ladea y endereza al tiempo que achina los ojos y encoge el cuerpo. El vuelo del camisón al girar ha apagado la vela. Se ha hecho de día y poco importa. ¿Se equivoca o después del fandango a aquella cría le echaron monedas? Con esa gracia que ella tiene, que se lo han dicho mil veces, que no se puede tener más. «Dominica, que te ha salido una hija artista», así lo sueltan las tenderas al ver como se arranca a cantar y a parlotear buscando el aplauso de los mayores a la menor ocasión. Y al decir «una hija artista», parece que digan que ha nacido con un ojo de cada color o las piernas torcidas. Por la expresión y el tono que emplean aquellas admiradoras salidas de su paso por los puestos del mercado, Encarnación se da cuenta de que tiene algo por dentro que no sabe qué es, algo casi inevitable situado en una frontera invisible entre la suerte y la desgracia.

El sol ha trepado a media cristalera y de la calle le llega la animación de las carretas con frutas y gallos en jaulas para el mercado, cuando Félix López entra con la guitarra en la cocina.

«Tienes gracia, condenada», susurra por lo bajini al tiempo que quiere que repita los mismos pasos con el sombrero cordobés más derecho.

El padre estudia los movimientos de Encarna con atención y al acabar se la lleva a la cama bien agarrada, tanto, que la cría, por la mañana, abre los ojos y se nota una moradura en el muslo. Félix López ha madrugado y canturrea por la casa, hasta que a la hora de comer lo suelta:

—A partir de ahora de la escuela te irás derechita a las clases de baile y vendrás conmigo a ver bailar a las más grandes.

Años después, la voz de Pilar rememora: «salía la bailaora y mi padre le hacía una especie de diagnóstico: “Encarnita, fíjate en esta bailaora nada más en los brazos”, salía otra: “Encarnita, fíjate en ese respingullo que hace cuando termina”. Otra: “fíjate cómo mueve los pies.”»³³ Y de nuevo, al hablar de Encarnación muchos, muchísimos años después, en 2006, en la entrevista titulada *La memoria del baile*, remata: «yo creo que a mi hermana se le quedó en el subconsciente ese amor a los cafés cantantes que había conocido, era casi una obsesión»³⁴.

Con siete años, Encarnación no podía trabajar. Hasta los 13 años, según la ley de regulación del trabajo infantil que se había promulgado en 1873, no era posible de forma oficial pero, aunque aquel decreto en teoría complicaba un poco la entrada de la niña en la programación de los teatros (la restricción era sobre todo para la protección de los menores obligados a entrar en los túneles de las minas), nada impedía que actuara en fiestas particulares de la alta sociedad madrileña. Por otra parte, no costó que a los ocho debutara ante el público, en el Teatro-Circo de San Sebastián,

³³ ESPÍN, Miguel y MOLINA, Romualdo: «Bailar siempre bailar». Catálogo de la exposición «La Argentinita y Pilar López», 1988. Sin paginar.

³⁴ MORA, Miguel: «La memoria del baile», *El País*, 1 de octubre de 2006.